

o de corazón, porque fueron un alimento, una manera de volar o de amar para nosotros. Quiero, mejor dicho, dibujar círculos, espirales con sus palabras, círculos que nos aprisionaban como en una torre, o nos liberaban como el aire, que también describe círculos.

Yet ah, that Spring should vanish with the rose.

He de cruzar las olas civiles
con remos que no pesan porque van...

Où ce roi qui n'attendait pas
Attendit un jour pas à pas
Condé lassé par la victoire

Oh noche amable más que la alborada.
Oh noche que juntaste amado con amada...

The troubles of our proud and angry dust
Are from eternity and shall not fail.

Yo fui un soldado que durmió en el lecho
De Cleopatra la reina. Su blancura,
Su mirada astral omnipotente,
Eso fue todo.

Que Régulo otra vez alce la frente
Y el paso esquive de la casta esposa.

* * *

—Esta noche tenemos que perdernos —me dijo Borges. Caminábamos por las calles de Buenos Aires como en un laberinto.

—Los animales, cuando se pierden, siempre se dirigen a la derecha; los hombres, a la izquierda —me dijo.

Íbamos hacia la derecha, pero sin conseguir perdernos, ¡ay!, porque después de media hora de caminata, de repente, nos encontramos frente al puente de Constitución, de donde habíamos partido.

Borges ama los puentes. Le gusta ser argentino. Le gusta quedarse como si partiera; partir como si se quedara. En todos los viajes, él busca a Buenos Aires como el pájaro su nido y el perro su cucha. En Estados Unidos, en Inglaterra, en Suiza, en España se reencuentra con su país.

Durante años nos hemos paseado por uno de los lugares más sucios y lóbregos de Buenos Aires: el puente Alsina. Caminábamos por las calles llenas de barro y de piedras. Allí llevábamos a escritores amigos que venían de Europa o de Norteamérica, y hasta a argentinos a los que también queríamos. No había nada en el mundo como ese puente. A veces, por el camino, una vez cruzado el puente, como en una especie de sueño, encontrábamos caballos, vacas perdidas como en el campo más lejano.

—Aquí tienen el puente Alsina —decía Borges cuando nos acercábamos a los escombros, la basura, y la pestilencia del agua.

Entonces Borges se regocijaba, pensando que nuestro huésped también se alegraría.

* * *

Borges pasaba sus vacaciones en los alrededores de Buenos Aires, en Adrogué, en el hotel *Las Delicias*, que bien merecía ese nombre. A algunos metros del hotel (hoy desaparecido; en nuestro país, se demuele todo lo que es lindo; de hecho, es la única cosa que se hace con rapidez) había un jardín y una casa misteriosa con cuatro estatuas de tierra cocida, que representaban las cuatro estaciones. El Verano, la más bella, semejava, a la luz de la luna, una estatua de Picasso. Se lo dije a Borges, que respondió:

—¿Tan fea es?

Cuando iba a verlo a Borges a Adrogué, a cualquier hora, visitábamos las estatuas. No podíamos descubrir quién habitaba la casa. Finalmente descubrimos que sólo las estatuas la habitaban. Una noche nos dijeron adiós con pañuelos: las palomas se habían posado sobre sus manos y batían las alas.

Cuando comenzaron a demoler la casa de las estatuas le prometí a Borges que las iría a robar o a comprar. Era difícil, hasta imposible, porque nunca se veía a nadie en esta vivienda. ¿A quién, entonces, proponerle la compra? En cuanto al robo, no tenía sentido soñar con él: perros fantasmas ladraban cuando uno se acercaba a las estatuas. Finalmente, le rogué a alguien a quien no desvelaban las estatuas, ni los perros, ni Adrogué, ni los fantasmas, que las comprase o las robase. La persona en cuestión las compró. ¿A quién? Nunca lo sabré. A los perros que ladraban, seguramente. Las cuatro estaciones viajaron cuatro horas en ferrocarril y llegaron a nuestra casa de campo, el Invierno decapitado, el Otoño sin senos, el Verano sin brazos, la Primavera sin nariz y sin flores. Pero desde entonces, cuando las miro, allí en nuestro jardín, a menudo me parece estar en Adrogué con Borges.

* * *

Borges ama su ciudad natal: ama en ella la fealdad casi más que la belleza. Nuestra querida ciudad ofrece una amplia variedad. Se diría que perder la vista le ha dado a Borges más sagacidad para ver. Borges descubre, por ejemplo, una cabeza horrorosa que preside una calle detrás de una reja, en el cementerio de la Recoleta. Enseguida me lleva a verla. A partir de entonces parece linda. Vuelve a ella de vez en cuando con el mismo entusiasmo que si se tratara de una cabeza descubierta en Pompeya. También amaba la provincia de Buenos Aires. Recuerdo el verso de Ronsard que él repite a menudo:

Navré, poitrine ouverte au seuil de ma province...

Borges ama a su provincia como un viajero, descubre en ella un mundo lleno de sorpresas. Las sorpresas no son en absoluto las cosas sorprendentes, nuestros árboles con grandes hojas, los cantos ruidosos de nuestros pájaros, nuestras flores tan perfumadas, nuestro campo en todas partes, nuestro río de plata, sino más bien la simplicidad de un lugar, la riqueza de los basurales, un sombrero nuevo entre cáscaras de manzanas, los fideos, la extrema pobreza de un paisaje, el genio lleno de poesía o de estupidez de frases groseras o sutiles que se escuchan en la calle, una forma engolada o *guaranga* de cantar.

Lo que le ocurre a Borges, lo que dice (ya que es un gran conversador) podría o debería haber sido escrito además de lo que él ha escrito. Creo que es feliz. Únicamente el espíritu es capaz de otorgar la dicha profunda que nace de la creación de la inteligencia.

Traducción de Marcos Montes



Dibujo de Silvina Ocampo. Archivo personal de Noemí Ulla